

María Zambrano en 1939: el realismo español frente al racionalismo europeo

Sonsoles Ginestal Calvo¹

Recibido: 14/12/2021 // Aceptado: 16/05/2022

Resumen. El presente trabajo pretende mostrar la convergencia y continuidad, tanto de temática como de sentido, de dos obras centrales de María Zambrano publicadas en el año 1939 desde el análisis de dos categorías, realismo y racionalismo, con las que se identifica a España y el resto de Europa respectivamente. Así mismo, se busca poner de manifiesto que si bien para la pensadora el racionalismo desemboca en la angustia del sujeto moderno y contemporáneo por llevar asociada la forma del sistema, encontrará en el realismo y estoicismo, más característicos de la tradición hispana, la posible salida a esta angustia en la que se halla Europa a la altura de 1939.

Palabras clave: María Zambrano; filosofía; poesía; racionalismo; realismo; España; crisis; Occidente; estoicismo; sistema.

[en] María Zambrano in 1939: spanish realism versus european rationalism

Abstract. The present paper aims to show the convergence and continuity, both in terms of subject matter and meaning, of two central works by María Zambrano published in 1939 from the analysis of two categories, realism and rationalism, with which Spain and the rest of Europe are identified respectively. Likewise, it seeks to show that although for the thinker rationalism leads to the anguish of the modern and contemporary subject for having associated the shape of the system, it will find in realism and stoicism, more characteristic of the Hispanic tradition, the possible way out of this anguish in which Europe finds itself in 1939.

Keywords: María Zambrano; philosophy; poetry; rationalism; realism; Spain; crisis; Occident; stoicism; system.

Sumario. 1. Introducción. 2. Racionalismo y sistema como categorías centrales de la filosofía europea. 3. Realismo y estoicismo como categorías centrales de la cultura española. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Ginestal Calvo, S. (2022) María Zambrano en 1939: el realismo español frente al racionalismo europeo. *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), 581-591.

1. Introducción

Comprender la obra zambraniana en general, y las que en particular nos van a ocupar en el marco de este trabajo, a saber, *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía* (1939), es un esfuerzo que trae consigo la ineludible exigencia de adentrarse en el contexto histórico-social, espiritual, moral e intelectual del siglo XX, en la “orfandad” –como la propia Zambrano calificó a esta situación en el prólogo a *Persona y democracia* del año 1987– que vivió el sujeto del pasado siglo. Toda investigación que se proponga arrojar algo de claridad sobre la obra de María Zambrano tiene inevitablemente que establecer de forma inequívoca los ejes históricos y vivenciales en los que nace este pensamiento y en los que madura, a riesgo de no entender nada de los motivos profundos que animan y justifican su existencia. No pocas veces se ha considerado a este tipo de obras, desde la gran tribuna del pensamiento sistemático, como hijas

espurias e ilegítimas de la filosofía de las que esta no puede sino avergonzarse.

En la génesis de ambas obras opera, por un lado, la ruptura radical del proyecto republicano de una España nueva, del que Zambrano fue simpatizante y en ocasiones también partícipe, y la experiencia desgarradora de un penoso exilio en condiciones notablemente precarias, a pesar de lo cual nos aporta un testimonio vivo de adopción de la circunstancia; hacerla suya y extraer de ella algo positivo, es lo que hizo con el exilio, al que convirtió en toda una categoría filosófica. El escenario del exilio, de estar sin un suelo propio en el que desenvolverse, en vilo, a la intemperie, ha sido la circunstancia de “no circunstancia” en la que la autora se vio obligada a desarrollar, a desplegar, la gran mayoría de su obra, la cual no puede comprenderse íntegramente sin tener en cuenta la situación en la que hubo de nacer. El inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial, la escalada de la violencia y los totalitarismos en Europa conforman

¹ Universidad Complutense de Madrid; mgines01@ucm.es; ORCID: 0000-0002-8759-2461. La realización de este artículo ha sido posible gracias a la Beca recibida del Ministerio de Ciencia e Innovación para la Residencia de Estudiantes (CSIC).

también el marco en el que estas dos obras ven la luz. El fracaso del proyecto europeo tiene mucho que ver, para la autora, con la deriva racionalista que se toma de la época moderna en adelante. Como se puede apreciar claramente, vida y pensamiento en María Zambrano se confunden hasta identificarse en un pensamiento vivido hasta sus últimas consecuencias.

En el transcurso del trabajo se revelará, esperamos, el carácter complementario de ambas obras en cuanto a su temática y su sentido, si bien se sitúan en dos planos diferentes. Se trata, con *Filosofía y poesía* —obra escrita y editada durante la estancia de su autora en Morelia, México— de rastrear los orígenes de la “orfandad” mencionada en la que Occidente permanece instalado. La razón de la tradición filosófica occidental se ha caracterizado, para Zambrano, por ser una razón discursiva que, en su relación con la realidad, ha ejercido sobre ella una violencia de la que ha resultado su integración bajo los esquemas racionales del sujeto. Esta violencia, que ha reducido la pluralidad de lo real a mera unidad infecunda —por artificial—, ha sido algo constitutivo de la filosofía desde sus mismos orígenes. La preocupación de la filósofa no viene sino de la forma en que el hombre moderno ha menguado sus vínculos con la realidad al grado de tomar únicamente en cuenta el de la razón o conciencia. Por ello, en esta obra se lleva a cabo una reflexión en torno a los orígenes de esta violencia sobre la que se ha levantado la filosofía. La crisis europea de la razón sistemática puede ser superada, a juicio de la pensadora, gracias al conocimiento poético que ha vehiculado siempre al “realismo español” y que es la forma específica de conocimiento de España. La importancia de *Filosofía y poesía* en el conjunto en la producción de María Zambrano es patente. La cuestión de la relación entre filosofía y poesía, las dos formas de la palabra, es un tema recurrente a lo largo de toda ella. Planteado, pues, el problema, y tímidamente apuntada la solución, abarcaremos *Pensamiento y poesía en la vida española*, donde se desarrolla esto último con mayor amplitud y detenimiento.

Zambrano edita *Pensamiento y poesía en la vida española* —que en su origen fueron tres conferencias impartidas en el mes de junio de 1939 en el Palacio de Bellas Artes (México D.F.)— durante su exilio en México, acogida por la entonces llamada Casa de España, actual Colegio de México. La obra es una respuesta a la “necesidad de esclarecimiento de la realidad española”, vinculada sin duda a la necesidad de explicación del fracaso que advino con la Guerra Civil y a la consideración de que España no ha logrado alcanzar todavía su forma adecuada. El primer apartado del libro lleva por título *La crisis del racionalismo europeo*, en clara continuidad con lo ya desarrollado en *Filosofía y poesía*, y que supone ahora el punto de partida. Es en este sentido una labor catártica, “terapéutica”, como señala Mercedes Gómez Blesa², la que la autora lleva a cabo en torno a esta cuestión. En la *Presentación* de la obra, afirma que “la tremenda tragedia española ha puesto al aire, ha

descubierto las entrañas mismas de la vida”³, apuntando a esta necesidad y a una cuestión, también, que va a ser una constante en todo su pensamiento, a saber, que el sufrimiento, el padecimiento, son estados idóneos para el acontecimiento de la verdad. Gómez Blesa, siguiendo la caracterización que lleva a cabo Pedro Cerezo Galán⁴, ha calificado esta obra como un “ensayo existencial” estrechamente vinculado al ensayismo noventayochista. Podríamos decir que Zambrano, en esta obra, está haciendo filosofía “a la desesperada”, llevada por una necesidad práctica de dar un sentido y abrir un horizonte de salvación a todo lo sucedido en España. Es necesario, por tanto, tener en cuenta que *Pensamiento y poesía en la vida española* tiene un carácter mucho más personal que *Filosofía y poesía*, pues se vuelca en él toda la tragedia vivida de forma más cercana. Es un libro lejano a todo sistema y a su carácter hierático. Esta forma asistemática acompaña y pone en práctica lo que la pensadora considera —siguiendo a muchos otros intelectuales de la época— que es uno de los rasgos más principales de la tradición del pensamiento y la literatura española, el realismo. Hay que señalar, por último, la gran tensión que se aprecia a la luz de su discipulado con Ortega en esta obra: por un lado lo sigue en su diagnóstico de la problemática del racionalismo e idealismo para Occidente; por otro lado, se mantiene en una interpretación de la historia de España que, como señalamos, es proclive a vincularla con el realismo, algo que Ortega rechazó denodadamente en más de una ocasión.

2. Racionalismo y sistema como categorías centrales de la filosofía europea

Se trata, en *Filosofía y poesía*, de perfilar las dos formas en que históricamente se ha dado la palabra. Si bien en su mayor parte ambas han andado sus respectivos caminos por separado, sí se han dado momentos puntuales en la historia en que han permanecido ensambladas, unidas y confundidas la una con la otra; momentos, por tanto, en que han sido lo mismo. Se trata, pues, de interrogarse al mismo tiempo si cabe la posibilidad de que así sea definitivamente: este vendría a ser el proyecto de la *razón poética*, aún no mencionado como tal en esta obra temprana.

En polémica directa con el Aristóteles de la *Metafísica*, se aleja de la visión estática del origen del pensamiento como una originaria admiración por las cosas⁵, ya que esta explicación no vendría a dar cuenta del inmediato desprendimiento de aquellas y del desmedido afán generalizador y sistematizador de la filosofía. En el origen de la filosofía no se encuentra meramente la admiración, que es apego por las cosas, estar ligado a ellas; juega, además, un importante papel la *violencia*: Zambrano realiza una genial inversión del Mito de la Ca-

² Gómez Blesa, M.: “Presentación”, En: Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, OCCC., I, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 544.

³ Zambrano, M.: *Pensamiento y poesía en la vida española*, OCCC., I, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 557.

⁴ Cerezo Galán, P.: *El mal del siglo. El conflicto entre la Ilustración y el Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Biblioteca Nueva-Universidad de Granada, Madrid, 2003, pp. 741-754.

⁵ Aristóteles, *Metafísica*. L. I. 982b.

verna platónico, que vendría a representar la violencia ejercida por el hombre para liberarse de las cosas: “La filosofía es un éxtasis fracasado por un desgarramiento”⁶. El abismo abierto entre el hombre y el mundo, entre el hombre y las cosas, deviene en una gran cantidad de confusiones en que se pierde el pensamiento, sin saber discernir ya entre imagen y realidad. La obra platónica se nos presenta aquí como el primer triunfo de la razón filosófica frente a la poética, entrañando a su vez una fuerte tensión entre ambas que se daba, así mismo, en la propia persona de Platón, quien fuera poeta antes de su encuentro con Sócrates. El filósofo se lanza a la búsqueda de algo que es una quimera y, al no encontrar ninguna explicación satisfactoria, esta búsqueda se revela nihilizante. Pues bien, aunque en la tradición filosófica esto haya sido imperante, el poeta no se lanzó a la violenta búsqueda de la Idea, no tuvo necesidad de buscar lo que “ya tenía dentro de sí en cierto modo”. Históricamente observamos, por tanto, dos caminos.

El camino de la filosofía, en el que el filósofo impulsado por el violento amor a lo que buscaba abandonó la superficie del mundo, la generosa inmediatez de la vida, basando su ulterior posesión total, en una primera renuncia. [...] El otro camino es el del poeta. El poeta no renunciaba ni apenas buscaba, porque tenía⁷.

Lo que al fin y al cabo se nos muestra en el Mito de la Caverna no es sino la esperanza mayor de la filosofía, que consiste en la justificación total y última. El filósofo se salva de las apariencias, el poeta se adhiere a ellas. La ambición del filósofo por el *todo* no es exactamente igual que la del poeta, y en esa diferencia es precisamente donde se juega algo de gran importancia. En el *todo* que el poeta quiere y anhela no se sacrifican las cosas singulares; quiere cada una de las cosas en particular con todos sus matices y sus diferencias, y aquí no hay abstracción y tampoco renuncia. En una bellísima forma de expresión lo recoge Zambrano de la siguiente manera:

Quiere la realidad, pero la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y el no ser en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser, hasta lo que no ha podido ser jamás⁸.

Se trata, en todo caso, de dar satisfacción al anhelo de eternidad. La poesía también ostenta una unidad, pero no es una unidad vacía separada de las cosas. Ha dejado atrás la yuxtaposición entre verdad y engaño, entre las cosas que son y las que no son. El texto de María Zambrano nos empuja a pensar que el *todo* del poeta, del que dice que es a *posteriori*, es un todo de lo que fue, lo que es y lo que podría llegar a ser. Con tales diferencias entre filosofía y poesía parecería casi inevitable que ambas recorrieran su camino por separado. Aún hay más, la verdad filosófica se ha adquirido lenta y trabajosamente, mientras que la verdad de la poesía es más bien una revelación, casi una gracia. En el apartado *Poesía y ética*

de la obra que venimos citando, se pone de manifiesto la razón por la que el filósofo rechaza las apariencias: son perecederas. El poeta se aferra a ellas por la misma razón, por su sentido trágico «las llora antes de que pasen», porque las está sintiendo irse. El filósofo de salva de ellas por el camino de la razón, y a costa de una gran renuncia; el poeta nunca renuncia. Y es que lo más irrenunciable para la poesía es el dolor y el sufrimiento, no quiere deshacerse de lo que en el hombre es pasión. Esto, dirá Platón, supone uno de los mayores peligros tanto para el gobierno de la vida individual, así como para el de la *polis*, porque si la pasión impera no reinarán ya la ley y la razón, a lo que Zambrano responde tajantemente, “ciertamente es inmoral. Es inmoral como la carne misma”⁹. Para Platón, como es sabido, la palabra poética es mentirosa, contraria a la lógica, a la unidad del ser y también, por tanto, a la justicia, y de esta forma se revelan con claridad las razones por las que hubo de expulsar de la ciudad a los poetas. Sin embargo, para la unidad que Platón buscaba —nos dice la autora— no le bastaba con la filosofía, lanzándose a la búsqueda de una teología que se reveló, al fin y paradójicamente, como mística. De nuevo, la soterrada tensión entre filosofía y poesía en la obra platónica.

En la época moderna la filosofía nace de nuevo, y nace con las mismas arrogantes pretensiones, aunque sin duda de modo distinto. El anhelo del mundo griego, anhelo del *ser*, había quedado asegurado “por el doble camino de la filosofía y de la religión cristiana”, y no dejaría de ser interesante llevar a cabo un análisis desde la perspectiva zambraniana de cómo filosofía y religión, en particular la religión cristiana, han caminado acompañadas durante la Edad Media y el Renacimiento y de qué manera han podido hacerlo. Pues bien, la poesía ha sido tanto manifestación como instrumento «de esta unidad en el combate». La *Divina Comedia* de Dante es, para Zambrano, una primera realización de esta triple unión entre filosofía, poesía y religión. La mística es un segundo momento de esta unidad. Este tema de la mística, tan decisivo en toda la posterior obra de María Zambrano, y en particular en *El hombre y lo divino*, es igualmente importante en el marco de *Filosofía y poesía*.

Llegados a la Edad Moderna, la búsqueda del ser se transforma en una tarea de autocomprensión de uno mismo. Sólo en uno mismo es posible encontrar el ser, no fuera de sí, ni en la contemplación platónica ni en la redención cristiana. La persona humana se revela así como único fundamento de sí misma, autónoma, única determinación aceptable. Este plano es el que nos presenta Zambrano en el apartado *Poesía y metafísica*, en el que se muestra cómo el hombre ha venido a ocupar el lugar de la divinidad, arrebatándole la tarea del creador.

La razón caminaba por el cauce de una desmedida ambición religiosa. El hombre quería ser. Ser creador y libre. Y seguidamente: ser único. Son los pasos, sin duda decisivos de la historia moderna, de eso que propiamente se llama Europa. Y su angustia y su tragedia¹⁰.

⁶ Zambrano, M.: *Filosofía y poesía*, OCCC, I, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 689.

⁷ Zambrano, M.: *Ibidem*, pp. 690-691.

⁸ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 695.

⁹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 713.

¹⁰ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 740.

A medida que el sujeto moderno va descubriendo su autoconciencia y desarrollando su voluntad de autofundarse, esto es proporcionándose a sí mismo su ser propio y reconociéndose fundamento del ser de todo lo demás, aumentan también la nada y el vacío, la oquedad que sostiene esa autocreación. Así señala Zambrano el principal anhelo que subyace y opera en la modernidad, el anhelo de *querer ser*. En este proceso, se sacraliza la libertad como el elemento constitutivo, y por ello distintivo, del hombre. La autora denomina este fenómeno como “Metafísica de la Creación”¹¹, y la señala como la principal culpable de la situación nihilista, ya que, regida por una excesiva soberbia y confianza en las posibilidades de la razón, no consintió en poner límites al uso de la libertad. Parece, por tanto, que no sólo era necesario limitar la razón teórica; igual de necesario era poner límites a la razón práctica. Del peligro de la ausencia de límites advierte Zambrano constantemente en su obra *Persona y democracia*, donde señala lo siguiente:

El hombre occidental, embriagado del afán de crear, quizá ha llegado a querer crear desde la nada, a imagen y semejanza de Dios. Y como esto no es posible se precipita en el vértigo de la destrucción: destruir y destruirse hasta la nada, hasta hundirse en la nada¹².

En esta obra –clave para comprender la dimensión política de la persona humana, así como el fracaso de esta frente a los totalitarismos del siglo XX– se pone de manifiesto este gran peligro de la condición humana, a saber, que el ensoñarse a sí mismo propio de toda persona llegue a derivar en un endiosamiento, en una vida más allá de la humana, sin responsabilidad, “ilimitada en poder y albedrío, sin necesidad de justificación”.

Dentro de la Edad Moderna se da otro momento en que filosofía y poesía vienen a coincidir de nuevo, otro de esos momentos privilegiados de la historia en que van a ir de la mano; se trata del Romanticismo, y tiene la peculiaridad de que en este movimiento ninguna de las dos disciplinas aspira ya al absoluto, sino que se saben dentro de él y no se contempla que pudiera ser de otra forma. Sin embargo, el éxtasis de esta unión no duró mucho, y pronto poesía y pensamiento emprendieron caminos distintos de nuevo. Es el momento de la llamada “poesía pura”, de la que Zambrano resaltará su pretensión de ser el *todo* frente a la metafísica. Así, pensamiento y poesía se erigen dos alternativas como diferentes maneras de vida. El hombre se siente a sí mismo como absoluto. La razón moderna, hija de la desconfianza llevada hasta el paroxismo por Descartes, se consolidaba en un absoluto en el que sólo podía encontrarse ella misma.

Zambrano considera la *violencia* de esta razón filosófica moderna, y antes antigua, una raíz directa del nihilismo que ha experimentado Occidente, pues le deja sin suelo natural en el que desenvolverse. El afán de sistematismo racional tiene como consecuencia inmediata

el solipsismo del sujeto, su aislamiento en un «castillo de razones», como señala en una obra muy posterior, *Claros del bosque*:

Sobreviene la angustia cuando se pierde el centro. Ser y vida se separan. La vida es privada del ser y el ser, inmobilizado, yace sin vida y sin por ello ir a morir ni estar muriendo. Ya que para morir hay que estar vivo y para el tránsito, viviente¹³.

A su vez, en *Filosofía y poesía*, establece esta correlación de forma aún más clara:

Parece existir una correlación profunda entre angustia y sistema, como si el sistema fuese la forma de la angustia al querer salir de sí, la forma que adopta un pensamiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo¹⁴.

Zambrano sitúa este movimiento hacia el sistema como una necesidad de seguridad del sujeto de preservarse de “lo otro”¹⁵ pero lejos de lograr su objetivo, es presa de esta angustia tan fielmente descrita por la autora. En cierto respecto podemos decir que la “salida del hombre de su autoculpable minoría de edad” se trocó en algo negativo que no logró el propósito kantiano. La voluntad de autocrearse, de conquista del propio ser que es un absoluto, echa abajo todos los puentes que unían al hombre con los demás seres del cosmos, y así comienza una vida en solitario. Este punto del texto es particularmente importante a la luz de los acontecimientos transcurridos en Europa durante el siglo XX. El aislamiento, el desierto espiritual del sujeto moderno, ha sido decisivo en la organización de la vida pública; sin duda lo ha sido especialmente en el auge de los totalitarismos en Europa. La voluntad, esa noción tan reivindicada en Alemania se coimplica, para Zambrano, con la angustia, es singular, “rehúye la comunidad”.

El sistema, nos dice Zambrano, es la forma de la angustia y la forma del poder. La poesía, en cambio, no puede decantarse en la forma del sistema. ¿Cómo es posible, entonces, la reconciliación? Hasta ahora todo apunta a un enfrentamiento irresoluble entre filosofía y poesía. Mas, si se ha observado de cerca esta tensión histórica, se ha podido apreciar la mutua necesidad de estos dos “modos de vida” que pueden y deben darse en un buen filósofo, en un buen poeta. Esta necesidad mutua está inmejorablemente expresada en las últimas páginas del capítulo titulado *Poesía y metafísica*:

El filósofo vive hacia adelante, alejándose del origen, buscándose a “sí mismo” en soledad, aislándose y alejándose de los hombres. El poeta se desvive, alejándose de su posible “sí mismo”, por amor al origen¹⁶.

¹¹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 739.

¹² Zambrano, M.: *Persona y democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2019, p. 106.

¹³ Zambrano, M.: *Claros del Bosque*, Cátedra, Edición de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, 2018, p.167.

¹⁴ Zambrano, M.: *Filosofía y poesía*, op. cit., p. 748.

¹⁵ Lo que Zambrano denomina como “lo otro” tiene que ver con un fondo irracional de lo real. Es lo completamente ajeno a uno mismo, radicalmente distinto.

¹⁶ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 757.

La filosofía marcha al compás de la historia; es, en cierto sentido, la verdadera historia que muestra lo que le está sucediendo al hombre. El poeta quiere el origen, no busca desligarse de él. Así, Zambrano señala el anhelo, compartido también por la tradición hispánica —no se olvide que ha sido un pueblo que ha expresado su filosofía en la poesía, el teatro y la novela—, de que al fin, filosofía y poesía puedan acompasarse y unificar, desde las entrañas, la integridad del pensar y del sentir:

¿No sería posible que un día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño?¹⁷

Precisamente en este punto hay que traer a colación *Pensamiento y poesía en la vida española*, donde se pone de relieve el carácter más realista del pensamiento español, que ha tenido tradicionalmente una existencia al margen de esta violencia que venimos señalando, abrazando mayormente una admiración y apego por las cosas. En algunos breves escritos dedicados a Miguel de Unamuno y recogidos en una edición por Mercedes Gómez Blesa, Zambrano señala lo siguiente: “Podemos decir que al aparecer la conciencia cartesiana, España se apaga en tan clara atmósfera, se asfixia en tan rarificado aire”¹⁸. Ha sido este un pensamiento no absoluto y tampoco unitario ni puro; ha estado en su mayoría acompañado y envuelto en otras formas como la poesía, la novela o el teatro, sin duda formas también de conocimiento y de autoconocimiento. Para Zambrano, como veremos a continuación, España debe construir la integridad del conocimiento poético y filosófico, que hará posible el conjunto de una cultura...

...en la que ciencia y conocimientos hasta ahora errabundos, como la historia, serán la médula; en que las ciencias como la sociología, nacientes aún, alcancen su pleno desarrollo; en que el saber más audaz y más abandonado sea por fin posible: el conocimiento acerca del hombre¹⁹.

3. Realismo y estoicismo como categorías centrales de la cultura española

Pensamiento y poesía en la vida española se centra en una visión más personal y particular que *Filosofía y poesía* por tratarse exclusivamente del problema de España, así como por recoger una concepción de esta en gran medida heredada de autores como Unamuno y la generación del 98. En esta obra de relativa juventud, Zambrano va en busca de la *intrahistoria* —en términos unamunianos— del pueblo español, de lo que lo ha caracterizado y diferenciado del resto de pueblos europeos. Quiere establecer una higiénica distancia con

aquello de cuyo peligro advierte, como hemos señalado, en *Filosofía y poesía*: el divorcio entre el hombre y las cosas y la angustia que asocia una violencia tal; en definitiva, busca alejarse en la forma y en el contenido de la *Metafísica de la Creación*²⁰ con que caracteriza al idealismo para poder salvarse.

Pues bien, si el problema en aquella obra era la separación siempre precaria y artificiosa entre filosofía y poesía, y la solución pasaba por su alianza, en este libro se pone de relieve que el pensamiento español, no dissociable de la literatura, ha de ser el núcleo de resistencia y la herramienta perfecta para evitar el sinsentido en el que había caído Occidente. El tipo de conocimiento constitutivo de la cultura española sería el conocimiento poético, que Zambrano va a proponer como única posibilidad de salvación de la tragedia de Europa y de la crisis de la cultura occidental. Se trata de ir poniendo progresivamente de relieve esta peculiaridad de España frente al resto de Europa. Desde *Los intelectuales en el drama de España* y los artículos posteriores entre 1937 y 1939, la autora viene señalando algunos rasgos especialmente característicos, como el *realismo* ligado siempre a las cosas singulares y la vida concreta y cotidiana, el estoicismo tanto popular como culto, la particularidad y el gusto por la literatura y la pintura, etc. Con posterioridad a *Pensamiento y poesía en la vida española* y aproximadamente hasta la década de 1950, Zambrano dedica gran parte de su obra a desarrollar los mencionados aspectos en obras como *El freudismo, testimonio del hombre actual*, *El pensamiento vivo de Séneca* o *La Confesión: género literario y método*. Lo cierto es que esta voluntad de distinción le lleva a afirmar en *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, a propósito de un excursus sobre la especificidad de las islas, que hay “ciertos países que, por especiales circunstancias históricas y geográficas, han sido islas en realidad: tal España”²¹. Este ensimismamiento muestra una falta de sintonía con el resto del pensamiento europeo cuyos motivos vamos a tratar a continuación.

María Zambrano se pregunta qué es el racionalismo como horizonte, como una forma de vida y de ver el mundo que ha sostenido la cultura que en ese momento se halla en crisis; no, por tanto, como un sistema metafísico meramente académico y circunscrito a los núcleos intelectuales europeos. Busca los motivos de su triunfo en su origen, en su temprano germen en la antigüedad, donde se dio la victoria de Parménides frente a Heráclito. La realidad indefinida quedó determinada como ese *ser* que es idéntico e inmutable, e inmediatamente advino la condena de todo lo que entrañaba misterio, de lo cambiante, las pasiones, lo que no admitía la forma de ese *ser* parmenídeo, la condena de la poesía al fin y al cabo. Platón es la condena definitiva de la poesía, es el poeta que persiguió inflexiblemente a los poetas. Aunque no se detiene demasiado en este punto, lo que nos interesa señalar es que la autora hace hincapié en que la poesía continuaba su camino de forma latente en la historia:

¹⁷ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 758.

¹⁸ Zambrano, M.: *Unamuno*, Edición e Introducción de Mercedes Gómez Blesa, Editorial Debolsillo, 2003, p. 57.

¹⁹ Zambrano, M.: *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., p. 585.

²⁰ Zambrano, M.: *Filosofía y poesía*, op. cit., p. 739

²¹ Zambrano, M.: *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, OCCC, II, Galaxia Gutenberg, p. 35.

...el poeta seguía su vía de desgarramiento, crucificado en las apariencias, en las adoradas apariencias, de las que no sabe ni quiere desprenderse, apegado a su mundo sensible. [...] Más leal tal vez en esto que la filosofía, no quiso aceptar consuelo alguno y escarbó, escarbó en el misterio²².

El punto clave donde se juega la diferencia de actitudes entre el racionalismo –predominante en la filosofía– y la poesía estribaría en «la diferencia frente al hecho del humano fracaso», porque el fracaso es constitutivo de la vida humana, que es “incompleta”, que está en “déficit”, o que es “menesterosa”, como diría Ortega. Y puesto que es un hecho radical de la vida humana, la poesía no se pregunta por ello, no se hace cuestión de ello: así son las cosas, diría. La filosofía, en cambio, preguntaría “¿por qué?” con expectativas y pretensiones cognitivas, tomándolo como algo que podría conocerse mejor. Es esta la diferencia entre el problema y el misterio, la que en definitiva hay entre la filosofía y la poesía respectivamente, pues mientras el poeta se recrea en el misterio, el filósofo lo rechaza. Y así, como el misterio es inagotable, la realidad lo es también para el poeta. El problema cesa cuando la solución aparece y queda apenas nada, pero el misterio no conoce ni quiere soluciones. Esta idea de Zambrano se comprende bien cuando pensamos en el mayor de los misterios: el hecho de que el mundo sea. Es misterio porque no tiene solución, porque nada puede hacerse para “conocer mejor” por qué el mundo es, porque esta pregunta no tiene ningún sentido si se hace con pretensiones cognitivas, porque es un hecho radical. Y aquí, por tanto, no caben explicaciones de ningún tipo que no sean meramente cosmovisionales. Es por esto que el poeta recela de que se haga de ello un problema, siempre susceptible de solución.

Pero con todo, la razón en la antigüedad no había sido alcanzada por la soberbia; esto sucede ya en la modernidad, y culmina en el pensamiento hegeliano. Sin embargo, y es esta la tesis principal, «la razón, el pensamiento en España, ha funcionado de bien diferente manera y, por ello, España puede ser el tesoro virginal dejado atrás en la crisis del racionalismo europeo», y continúa, “Nos hemos reprochado muchas veces nuestra pobretería filosófica, y así es, si por filosofía se entiende los grandes sistemas. Más de nuestra pobretería saldrá nuestra riqueza”²³. Este planteamiento, que por lo demás es trivial, se va a traer a colación para apoyar la tesis de que la salida al nihilismo y la descomposición de Occidente puede hallarse en la “vida española”, por lo que tiene de singular. Zambrano hace énfasis en dos hechos diferenciadores de España frente al resto de Europa: la ausencia de grandes sistemas de filosofía, por un lado, y la acompañada decadencia española con el esplendor europeo en la modernidad, por otro. No es falta de talento creador, sometedor del caos, lo que impidió a España ir a parar a los grandes sistemas, pues este talento y violencia ordenadora, nos dice la autora, estuvieron presentes en todo salvo en el terreno del pensamiento y de la lite-

ratura. ¿Por qué precisamente en el pensamiento no fue así? ¿Por qué en el pensamiento español no estaba presente el ingrediente de violencia que, unido a la admiración, había caracterizado a la filosofía en su mayor parte hasta conducirla a su forma sistemática? Trataremos de dar respuesta de la mano de nuestra pensadora.

Por lo pronto nos limitaremos a señalar que una de las características del pueblo español que ha impedido y rechazado esta violencia ha sido algo que ya veníamos anunciando, el *realismo* o *materialismo*. Este realismo netamente hispano del que habla Zambrano entraña un tipo de pensamiento fragmentario, que no contempla la unidad, y aún más, que no la quiere ni la busca. Aparece, se nos dice, no “nombrándose a sí mismo, estableciéndose a sí mismo, sino a través de otras cosas, envuelto en otras formas”²⁴, y por ello “en el realismo van envueltos tanto la forma del conocimiento como la forma expresiva, como los motivos íntimos, secretos, de la voluntad”²⁵. El origen del conocimiento estaría vinculado, para Zambrano, con una cuestión eminentemente práctica, de la propia orientación en la vida, del “qué hacer”. Se diría que tal y como ella lo plantea la realidad de la vida española desborda el marco de las ideas, de cualquier idea, porque lo que caracteriza a estas es precisamente poner coto, establecer las lindes de las cosas, de los conceptos.

El realismo entraña, además, una particular forma de conocer la realidad alejada del sistematismo idealista, más espontánea, más inmediata, porque es una mirada hacia las cosas poco pervertida y transformada por la voluntad de la razón. “Es una manera de mirar al mundo admirándose, sin pretender reducirle en nada”²⁶. El problema es que el conocimiento filosófico ha ido a parar a algo separado, a la distinción irreconciliable entre lo que es y lo que no es. Mientras el ascetismo idealista triunfaba en el mediterráneo y se extendía por Europa abarcando tanto filosofía como religión, en España habían arraigado, antes de la llegada de la civilización grecorromana, otras cosmovisiones muy distintas al ascetismo de la unidad. Así, en una visión ciertamente romántica y algo extralimitada, se pregunta la autora: “¿Será demasiado suponer, como hipótesis o atisbo a comprobar por la ciencia adecuada, que pudiera provenir de aquí ese fondo originario reactivo a lo griego, y que da su peculiarísimo cariz a la religión católica en España?”²⁷. De forma meramente negativa, Zambrano está exponiendo el realismo español como «algo que ante todo no es idealismo», y que no lo es en razón de que parte de un origen distinto. El realismo no es ninguna teoría sobre nada, no se trata de un conjunto de dogmas y aún menos de un sistema, porque es constitutivamente no sistemático. Tiene que ver más bien con una forma espontánea de ver la vida, una concepción del mundo no buscada, porque no se busca lo que ya se tiene. Esta particular concepción de la vida y del mundo se puede hallar, no solo en la literatura, sino también en el arte y la música, y todas las formas de creación en las que pueden

²² Zambrano, M.: *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., p. 565.

²³ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 573.

²⁴ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 577.

²⁵ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 582.

²⁶ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 584.

²⁷ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 580.

plasmarse las propias cosmovisiones. Por todo esto, la primera y más significativa caracterización del realismo es “el predominio de lo espontáneo, de lo inmediato”²⁸. Hay un vínculo entre esta específica forma de conocimiento y el amor, porque, como diría Ortega, “...el amor nos liga a las cosas, aun cuando sea pasajero”²⁹. Y si es el mundo el que amamos, y así lo conocemos, no tiene sentido reivindicar la propia libertad frente al mundo, frente al objeto amado, porque «la libertad jamás ha sido planteada por ningún amante con respecto al objeto de su amor». El español no se siente ajeno al mundo, sino que se confunde con él, no contempla una separación porque no la hay. La distinción entre esta forma española de conocimiento y la forma europea se aprecia inmejorablemente en el contraste entre las dos místicas, española y alemana.

La mística en España fue una mística de la misericordia más que de la soledad, vinculada al mundo y a todo lo que en él habita, a la carne, las entrañas, la materia. Se trata en el caso español de un Dios cercano al que se busca siempre amorosamente, nunca desde la angustia. Y así, en lo que parece estaría más alejado de la realidad y la experiencia cotidiana del mundo, está también presente el realismo, lo que lleva a Zambrano a señalar que “En España, ni el místico quiere desprenderse por entero de la realidad, de la idolatrada realidad de este mundo”³⁰. Es una mística de la sensualidad, que traslada al cielo, y lo imagina con la belleza y el goce de la tierra; y así mismo “a la tierra han sido traspuestos todos los valores celestiales”³¹. Para el español nada que pertenezca a la realidad puede serle ajeno. Este profundo aferramiento a la realidad no deja ningún espacio, no queda ninguna fuga para que pueda entrar el sistematismo triunfante en Europa. Y aun cuando se procure la imitación o el acercamiento a la abstracción y el sistema, se hará siempre de forma precaria y condenada al fracaso. El pensamiento español surge siempre de las condiciones del propio pueblo español, y es por ello que no acepta moldes ajenos, menos cuando son tan distintos que se corre el riesgo con ellos de asfixiar lo autóctono. En España no se ha reducido la realidad a los esquemas de la razón; en ese sentido ha preferido, más bien se le ha impuesto en su forma de ver la vida, la multiplicidad, el cambio, las cosas. La conciencia del discurrir del tiempo trae consigo un sentimiento que es para Zambrano, muy propio, a saber, la melancolía: el aferrarse con doloroso querer a todos los instantes porque son instantes, porque pasan, porque si no pasaran no sentiríamos nada por ello. Llegados a este punto Zambrano incluye una cita literaria, y es que, en efecto, se hace inevitable citar al poeta del tiempo y el cambio por excelencia, tan cercano a Heráclito, que es Jorge Manrique. Tras esta prodigiosa obra, la literatura española es una sucesión de aferramientos apasionados al tiempo, a la belleza caduca, a la vida fi-

nita, a la voluntad limitada, a la muerte siempre presente y cercana... Es algo tan singular que podríamos decir que despierta un sentimiento de placer en el sufrimiento. Esto es la particular forma de estar instalado en la vida que Zambrano reconoce como netamente española, siendo así que es algo espontáneo y no edificado tras esforzados trabajos. Pero frente al paso del tiempo caben, se nos dice, dos posibilidades o caminos: el de *don Juan Tenorio*, que se entrega a cada uno de los momentos que vive, o el del *místico*, que los deja pasar en su singularidad con la esperanza de “recogerlos todos cuando ya no pasen, cuando ya no se nos vayan de entre las manos como el agua entre un cesto de juncos”³². Queda una posibilidad que se sitúa entre don Juan y el místico, o más bien que se alimenta de ambos, y es la figura del poeta, quien buscaría recoger todos y cada uno de los instantes que vive y rescatarlos para la eternidad. Todo esto es traído a colación porque son estas tres figuras “quienes nos la dan encarnada [la vida española], verdadera, viva y concreta, lo que queremos apresar son problemas vivientes, no teóricas delimitaciones”³³. Lo más propio de la vida española es, por tanto, la expectativa de recuperar lo cambiante para la eternidad. Esta tarea, que es por lo demás un oxímoron (“un mundo temporal que no pase jamás”), la autora la reconoce como imposible, y de esta forma encontramos aquí otra nota más del carácter español y diferenciado de Europa: querer lo imposible, o «lo imposible como único posible horizonte».

Es, además el realismo, algo popular, no cultivado entre las élites intelectuales sino algo que en el pueblo se encuentra fresco y dinámico. Su pensamiento se encuentra, por tanto, expresado en una forma sencilla y fácil de entender, con imágenes, con metáforas que toca directamente a nuestra experiencia cotidiana de la realidad, y en ella permanece. Esto también explica la idea de que deba ser buscado en la literatura, en formas como el teatro, obras que se representan para el pueblo y que el pueblo comprende, como por ejemplo en *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca; obras que, dicho sea de paso, a menudo tenían por tema y objeto la propia historia y realidad española. En la recopilación de textos ya citada sobre Miguel de Unamuno, Zambrano señala lo siguiente refiriéndose a Francisco de Quevedo:

Y en su exasperación se advierte muy clara la conciencia histórica. Quevedo es un caso extremo de conciencia histórica, de sensibilidad para el paso del tiempo no sólo en su vida, sino en la vida de la patria, diríase que siente igual melancolía por la vejez histórica de España, igual ternura desesperada que ante el envejecimiento de su madre. La vejez de la madre da la medida primera del envejecimiento de la vida humana, de su implacable destrucción, mucho antes que la propia; cuando la madre ostensiblemente envejece, se cambia de edad, sea cual sea la que se tenga. Ternura filial y conciencia histórica de cristiano que siente la historia desde el pecado original; tal es Quevedo³⁴.

²⁸ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 582.

²⁹ Ortega y Gasset, J.: *Meditaciones del Quijote*, Obras completas, Tomo I. (1902-1915), Editorial Taurus/Fundación José Ortega y Gasset. Centro de Estudios Orteguianos, Madrid, 2004 – 2010, p. 748.

³⁰ Zambrano, M.: *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., p. 585.

³¹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 589.

³² Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 592.

³³ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 593.

³⁴ Zambrano, M.: *Unamuno*, op. cit., p. 47.

El realismo español es, en fin, un conocimiento poético, radicalmente opuesto al conocimiento metódico racional al que se ha caracterizado extensamente en la sección anterior. Desde su particular modo de conocer, el conocer poético, España ha quedado incólume frente al racionalismo europeo, ha permanecido en una vigilante emboscadura y, aunque se ha dejado permear por usos y costumbres de otras culturas, no ha sido así con la abstracción racionalista pues tocaba algo esencial.

Conocimiento poético en que ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masa. [...] Bien poco vale para el español aquello que sólo se debe al esfuerzo; es como un saber ilegítimo, un saber desgraciado en que se muestra más la presunción del hombre, su vanidad o su soberbia, que la verdad; un saber que no es deseable³⁵.

El *conocimiento poético* no sólo cuenta con el esfuerzo, sino con un momento de abandono, de pasividad, en el que es preciso dejar que la realidad sola se acerque. Y si Ortega afirmaba en las *Meditaciones del Quijote* que la verdad es *alétheia*, Zambrano apunta ya en esta obra algo que desarrollará principalmente en su etapa madura³⁶, a saber, que la verdad obedece en cierta medida al régimen de la donación, de la gracia, y que por ello es indispensable una cierta actitud de pasividad y preparación de las entrañas para el advenimiento de esta. La verdad entendida meramente como *alétheia* queda caracterizada por la autora como un ejercicio de soberbia y vanidad. El conocimiento poético es lo que liga al español con la comunidad, en un sutil y frágil equilibrio entre esta y la intimidad personal. Es por ello que es la herramienta perfecta para emprender un nuevo camino hacia el conocimiento del hombre, “que no será sino el movimiento de reintegración, de restauración de la unidad humana hace tiempo perdida en la cultura europea”³⁷. Ante el desierto espiritual y la disgregación de la comunidad europea, Zambrano plantea que la solución no ha de venir de sí misma, sino que es precisamente ese pueblo que quedó sin ser tocado por la crisis espiritual que advino con el racionalismo el que puede acudir en socorro de Europa en este instante decisivo, el pueblo español: “De la melancolía española, de su resignación y de su esperanza, saldrá quizá la nueva cultura”³⁸.

Otra importantísima nota característica del pensamiento español, y que Zambrano aborda extensamente en la segunda parte de la obra, es su *estoicismo* tan cercano a Séneca, y es importante, decimos, porque nace de una determinada actitud ante la muerte y, por tanto, implica una particular manera de vivir. Serenidad, entereza y naturalidad son adjetivos con los que la pensadora describe la psicología española frente al desastre y la desgracia. Pero no es sólo esto lo que nos conduce a la

afirmación de un cierto estoicismo en el pueblo español. Hay que distinguir, en primer lugar, “el estoicismo consciente, definido, manifiesto, del popular; el estoicismo, en suma, sabio, del estoicismo popular, que parece correr en una tradición honda, a veces analfabeta”³⁹. Popularmente la filosofía es entendida como algo que se necesita en los momentos de vacilación y dificultad de la vida, y a esto está ligada, por lo que no sería necesario el filosofar si no existiera la infelicidad. En España, popularmente, la filosofía es, pues, un saber eminentemente práctico y no teórico. Es una orientación práctica en la vida. El estoicismo se extiende a lo largo de toda la literatura española. En su forma culta, se puede reconocer en la presencia constante de la figura de Séneca. Tiene sentido que así sea, pues qué mejor filósofo para una necesidad práctica de la vida que este gran consolador y consejero de espíritus, este maestro de la resignación o, como lo denomina Zambrano, este “curandero”. Y así lo que ha triunfado en España es un pensamiento humilde resignado a la finitud del hombre, a su limitación, a su estado de indigencia:

Constituye la nota más verdadera del entendimiento español, esta maternidad vidente de la debilidad del hombre, esta inteligencia misericordiosa, incapaz de despegarse de la necesidad inmediata y humilde de cada día, apegada a lo menesteroso y que para funcionar, para inspirarse, diríamos que precisa sentir una urgencia en torno suyo; sentir que le han de menester⁴⁰.

El estoicismo renace constantemente como renacen los problemas humanos, no los teóricos, y frente a la llamada de aquellos acude esta antigua doctrina. No es siquiera necesario que se presente en forma explícita, como el estoicismo instituido por Séneca o Marco Aurelio, porque no es en las aulas de filosofía donde suele renacer, sino a pie de calle, “una calle de la ciudad de la cultura”. Esta particular actitud ante la vida ha venido en socorro de generaciones enteras cuando España se ha hallado en momentos históricos decisivos, al borde del abismo. Es el mejor rastro de crisis histórica: así como puede detectarse que ha existido enfermedad donde se aplicó el remedio, así pueden detectarse los momentos de agonía, de lucha, donde el estoicismo ha estado presente. Pero la reacción estoica ante las adversidades del entorno que no están dentro de su control, que no está en su radio de acción el poder modificarlas, consiste en tomar un dominio de sí y una libertad que es, en realidad, una distancia con respecto a los demás. Zambrano reconoce aquí una cierta desconfianza, una actitud defensiva hacia los demás. Esto, señala es “el comienzo de una actitud revolucionaria, pero sólo el comienzo”⁴¹. Sólo el comienzo porque partiendo del estoicismo no se llega a la revolución, sino a la serenidad y seguridad que da una poderosa voluntad individual.

Uno de los mejores ejemplos que en la literatura española pueden hallarse de estoicismo culto y de supe-

³⁵ Zambrano, M.: *Ibidem*, pp. 598-599.

³⁶ En su mayor parte en obras como *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*, *Claros del bosque*, *De la Aurora* y *Notas de un método*, todas publicadas entre los años 1971 y 1989.

³⁷ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 600.

³⁸ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 600.

³⁹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 607.

⁴⁰ Zambrano, M.: *Ibidem*, pp. 617-618.

⁴¹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 621.

ración de la melancolía son las *Coplas a la muerte de mi padre el maestro de Santiago*, de Jorge Manrique, ya mencionado más arriba, quien refleja mejor que nadie, a juicio de la autora, el alma española y todo su sentir. La muerte, que se desliza entre la vida de forma siempre velada y silenciosa, es una de las consideraciones fundamentales del estoicismo; pareciera, incluso, el telón de fondo frente al que se levanta todo este saber. Por eso se trata —señala Zambrano siguiendo las *Coplas*— de contemplar cuidadosamente para advertir el natural paso del tiempo. En el advenimiento de la muerte no hay, pues, nada violento ni forzado, porque es el fin natural de la vida, y por eso en el estoicismo se le recibe «tan callando». ¿Qué ocurre, entonces, con el español que se revela en una actitud revolucionaria? Que no quiere morir «tan callando», que se niega a ello y busca, precisamente, lo contrario. Por esto estoicismo y revolución son mutuamente excluyentes, y no están nunca copresentes el uno y el otro a un tiempo. Obra gemela de las *Coplas*, aunque escrita dos siglos después, es la *Epístola moral a Fabio*. Se trata de una obra que es aún más cruda que la de Manrique, porque aquí ya no existe consuelo posible y porque no se trata de ver cómo suceden las cosas, sino de ver que es uno mismo el que está inevitablemente arrastrado hacia su último suspiro. Frente a la grandeza del Imperio español del momento, en el Siglo de Oro, se muestra el sinsentido que es poner las esperanzas y los intereses en cosas vanas y no en el propio ser humano. Nos dice Zambrano que este pensamiento es “prisionero de una meditación de la muerte”⁴², y que existe un vínculo estrecho entre estas estoicas reflexiones y las dos maneras que tiene el español de encaminarse hacia su propio suicidio. Una de ellas es el suicidio individual de los mejores, los guías del grueso de las gentes, los que van a la vanguardia de la vida colectiva;

La otra manera de morir del español es ésta que tanto asombro produce al mundo, esta capacidad de arrojar a la hoguera en bloque, este ímpetu que ha conducido a todo un pueblo al centro mismo de la pira. Este ir delirante hacia la muerte, esta entrega sin reservas ni límite alguno⁴³.

¿Son el mismo suicidio?, se pregunta Zambrano. Esta sería la más grave cuestión, porque sería la cuestión de si un pueblo entero puede ser estoico. Es una cuestión a la que no se da respuesta, pues sería imprudencia querer responder lo que sólo al pueblo le corresponde responder. Lo que no se deja de señalar es que el estoicismo está tan presente en la vida española como el cristianismo, y ambos “se disputan el alma del español, su pensamiento”⁴⁴. Este es, para la autora, el verdadero drama de España.

De nuevo en busca del conocimiento poético que caracteriza lo que podría llamarse el pensamiento español, Zambrano aborda la cuestión de la voluntad, una voluntad que en España no ha engendrado pensamiento, sino que más bien ha parecido discurrir al margen de este. Se-

ñala, por tanto, un querer que se ha expresado en la “real gana” tan popularmente nacional y que, se nos dice, es “pura voluntad irracional indeterminada”⁴⁵. Esta “gana” de la que se habla no ha sido nunca reducida o domesticada, porque parece consistir en ese algo irreductible en el pecho de cada cual; “es pura hambre de existir, de efectos casi siempre destructores”. Al entrar en la cultura, esta “real gana” que por sí sola no engendra pensamiento, se orienta en una determinada dirección, se transforma definitivamente en voluntad. Y así se dan dos actitudes: por un lado la estoica, que es más una forma de resistencia, y en ella la voluntad es “persuasiva, consoladora; aunque no enamorada”; por otro lado la cristiana pura, que no se define tanto por la voluntad como por la esperanza y la misericordia, para las que aquella no les es necesaria. Esta actitud cristiana contemplaría, así mismo, dos opuestas, el quietismo, que tiene que ver con la entrega absoluta de la propia voluntad —y cuyo máximo representante es Miguel de Molinos— y el voluntarismo, que tiene que ver con un querer absoluto —y representado por san Ignacio de Loyola—. El español por tanto, en cuanto a su voluntad, oscila entre los extremos de la esperanza y la resignación, «esperanza de lograr su disparatado anhelo; resignación, conformidad con no verlo realizado nunca»⁴⁶. Zambrano se centra, a la luz de estos dos extremos de la voluntad española, en el siglo XIX, que para España estuvo marcado por la decadencia con respecto al resto de Europa, así como por la desganancia. Empieza a caracterizarse la vida nacional por lo que la autora denomina el “imperio de lo doméstico”, que se refiere a que todo es replegado hacia la vida familiar. En un mundo que ya no es de España, que le es extraño y hostil, se vuelve hacia sí misma en una situación que le lleva al hermetismo y el aislamiento, de consecuencias nefastas: “A medida que era mayor la incomunicación, mayor era el delirio”⁴⁷. No deja de ser interesante la afirmación que Zambrano hace de lo paradójico de la situación: mientras que la vida familiar es desbordante, se han borrado sin embargo las fronteras entre la calle y el hogar. Esto es, por cierto, un tema principal de preocupación en la filosofía política contemporánea, como por ejemplo en Hannah Arendt, quien se preocupó de recordar la insalvable distancia que en la Grecia clásica se cuidaba entre la *polis* y el *oikós*: ni la *polis* puede invadir el ámbito del *oikós*, ni viceversa, a riesgo de la desaparición de los dos ámbitos, puesto que se rigen por normas distintas. En la medida en que ya no hay distancia entre ambas, progresivamente han desaparecido, y no hay propiamente vida familiar y tampoco política.

Pero volviendo a la situación nacional del siglo XIX, la autora reconoce en la novela costumbrista decimonónica el mejor reflejo de la situación anímico-moral de los españoles de entonces: Mariano José de Larra o Mesonero Romanos son un buen ejemplo de retrato de la vida popular de la que venimos hablando, más allá de los cuadros románticos que pudieran hacer movimientos como

⁴⁵ Zambrano, M.: *Ibidem*, p.638.

⁴⁶ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 642. Como ya hemos tenido ocasión de señalar, el español se caracteriza por un querer lo imposible, lo irrealizable.

⁴⁷ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 646.

⁴² Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 633.

⁴³ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 633.

⁴⁴ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 634.

el tradicionalismo. Lo de aquellos, nos dice la autora, se asemejan más bien a escritos cercanos a la sociología. Y paradigma, sin duda, de todo ello son las novelas de Galdós, en las que se dan las interminables descripciones de los detalles más nimios, y las que queda reflejada de forma inigualable la cotidianidad de la época. Es en dos figuras femeninas, señala Zambrano, donde mejor se muestra la «unidad verdadera de España»: en Fortunata, que es la “fuerza” de la fecundidad, la vocación a la maternidad, y en Nina, que encarna la misericordia: “Es en la vida, en la vida real, en los dolores y las dificultades, en la angustia y desesperación del intrincado mundo que es España, el aceite de la misericordia, su riqueza, su esplendor”⁴⁸. La unidad de la amalgama que era España en el siglo XIX, plagada de golpes de estado, guerras y revueltas, la aportan la misericordia y la fecundidad humildes que muestra Galdós en sus novelas y que estaban presentes, además de la violencia, en la vida española. Es en otro escritor, en el poeta Azorín, en el que Zambrano encuentra la otra forma de voluntad en España, la de la resignación. Su sensibilidad por lo cotidiano, por lo vulgar y pequeño, es lo más característico de su obra. Señalar este rasgo no es baladí, pues para Zambrano es precisamente la sensibilidad la que nos vincula a todo, a las cosas, y nos hace permanecer en continuo contacto con ellas. Por ello mismo encuentra en la obra de Azorín una particular “mística de España”, contemplada esta en su vinculación con lo temporal, con el tiempo histórico y con el que fluye en cada instante, el de lo “doméstico”. Y así nos queda una imagen de la España que definitivamente se fue y de la que se marcha por momentos, hecho ante el que la obra de Azorín sólo sabe adoptar una aptitud contemplativa. Esto mismo es objeto de reproche para María Zambrano, que advierte una negación intolerable de la voluntad:

La sensibilidad de Azorín está por eso limitada, porque tiene un funcionamiento determinado. Funciona para aprender una España que está ahí y que se nos va; una España sobre la que no vamos a actuar, ni lo deseamos⁴⁹.

La obra de Azorín parece el testimonio de algo que pasó y se terminó, de un pueblo que latió en todo el mundo pero que está ya inmerso en una circunstancia mortuoria. Parece, en efecto, la disección de un cadáver que hiede cada vez más y por el que ya nada puede hacerse. De ahí también la presencia de la melancolía que

atraviesa las páginas de sus novelas, y que Zambrano señala como el sentimiento desde el cual se da una medida de España. En todo caso, si Azorín no se salva por la voluntad, sí lo hace por el enamoramiento, se hunde cada vez más en la España que retrata, y este es el vínculo que guarda con la mística: la posesión de algo sin sufrimiento. Pero tras este momento de resignación en España, la autora señala el lugar de la esperanza: la poesía. Esta se ha ido abriendo camino entreverada con la tradición más popular, con el folklore, con lo que es el corazón de la vida del país. Este folklore, y no el tradicionalismo militante, es el que nos pone en un contacto íntimo y vivo con nuestro pasado común, «ha sido conciencia y memoria»⁵⁰. Esta es la tesis zambraniana: la poesía ha sido la continuidad de España, y el vivir –mejor, convivir– poético el cordón sanitario frente al racionalismo europeo y la esperanza de salvación de Occidente de su crisis u orfandad.

4. Conclusiones

En conformidad con lo anterior, es preciso afirmar el carácter complementario de las obras expuestas y la continuidad argumentativa entre una y otra. Si en *Filosofía y poesía* se planteaba un problema, en *Pensamiento y poesía en la vida española* se apunta una solución que está ya mencionada, pero no desarrollada, en aquella. En cualquier caso, y si no hemos errado, habrá quedado patente también la dificultad de dar un sentido cerrado y definitivo a estas dos obras. En realidad esto no puede hacerse con ninguna obra de María Zambrano; su pensamiento tiene un carácter tal que es imposible de sistematizar incluso en sus conclusiones. Son obras ilimitadas como ilimitado es *El Quijote*: se trata de una filosofía que busca la salvación y ahonda en la mística, que es una guía que se mueve en un plano puramente cosmovisional, y que no quiere otra cosa. Esto mismo señala Mariano Rodríguez González en su *Presentación de Filosofía y poesía*, y con ello concluimos:

En rigor, hasta habría que decir que *Filosofía y poesía* no se puede en absoluto *explicar*, es imposible dar cuenta del libro si esto significa llegar a un núcleo definitivo desde el cual organizar, deduciéndola, su totalidad. Carece de sentido pretender analizarlo en el sentido preciso de la razón discursiva⁵¹.

⁴⁸ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 651

⁴⁹ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 655.

⁵⁰ Zambrano, M.: *Ibidem*, p. 656.

⁵¹ Rodríguez González, M.: “Presentación”, En: Zambrano, M., *Filosofía y poesía*, Obras Completas, I, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 667.

5. Referencias bibliográficas

- Zambrano, M., *Filosofía y poesía*, Obras Completas, I, Galaxia Gutenberg, 2015.
- Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, Obras Completas, I, Galaxia Gutenberg, 2015.
- Zambrano, M., *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Obras Completas, II, Galaxia Gutenberg, 2016.
- Zambrano, M., *Persona y democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2019.
- Zambrano, M., *Unamuno*, Edición e Introducción de Mercedes Gómez Blesa, Editorial Debolsillo, 2003.
- Zambrano, M., *Claros del Bosque*, Cátedra, Edición de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, 2018.
- Ortega y Gasset, J., *Meditaciones del Quijote*. Obras completas, Tomo I. (1902-1915), Editorial Taurus/Fundación José Ortega y Gasset. Centro de Estudios Orteguianos, Madrid, 2004 – 2010.
- Abellán, J. L., *El exilio como constante y como categoría*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- Cerezo Galán, P., *El mal del siglo. El conflicto entre la Ilustración y el Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Biblioteca Nueva-Universidad de Granada, Madrid, 2003.
- Revilla Guzmán, C. (ed.), *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Trotta, Madrid, 1998.
- Sancho García, I., *La joven María Zambrano y su incipiente metafísica femenina*, Editorial Comares, Granada, 2020.